

esta tarde confesado
que en Salamanca es casado
se está agora desdiciendo;
y quien pasando en su cama
toda la noche, contó
que en el rio la pasó
haciendo fiesta á una dama.

Tristan. [Ap.] Todo se sabe.

D. Garc. ¡Mi gloria!

escuchadme, y os diré
verdad pura; que ya sé
en qué se yerra la historia.
Por las demas cosas paso
que son de poco momento,
por tratar del casamiento,
que es lo importante del caso.
Si vos hubiérades sido
causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,

¿Será culpa haber mentido?

Jacinta. ¿Yo la causa?

D. Garc. Sí, señora.

Jacinta. ¿Cómo?

D. Garc. Decíroslo quiero.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Oye; que hará el
lindos enredos agora. (embustero)

D. Garc. Mi padre llegó á tratarme
de darme otra mujer hoy;
pero yo, que vuestro soy,
quise con eso escusarme;
que mientras hacer espero
con vuestra mano mis bodas,
soy casado para todas,
solo para vos soltero.
Y como vuestro papel
llegó esforzando mi intento,
al tratarme el casamiento,
puse impedimento en él.
Este es el caso: mirad
si esta mentira os admira,
cuando ha dicho esta mentira
de mi aficion la verdad.

Lucrecia. [Ap.] Mas ¿si lo fuese?

Jacinta. [Ap.] ¡Qué buena
la trazó, y qué de repente!
Pues ¿cómo tan brevemente
os pudo dar tanta pena?
¡Casi aun no visto me habeis,
y ya os mostrais tan perdido!
¿Aun no me habeis conocido,
y por mujer me quereis?

D. Garc. Hoy ví vuestra gran beldad
la vez primera, señora;

que el amor me obliga agora
á deciros la verdad.

Mas si la causa es divina,
milagro el efeto es,
que el Dios niño, no con piés,
sino con alas, camina.

Decir que habeis menester
tiempo vos para matar,
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.

Decis que sin conoceros
estoy perdido. ¡Pluguiera
á Dios que no os conociera!

Bien os conozco: las partes
sé bien que os dió la fortuna,
que sin eclipse sois Luna,

que sois Mendoza sin mártes,
que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,

que de mil doblones pasa
la renta de vuestro padre:
ved si estoy mal informado:
¡ojála, mi bien, que así
lo estuviérades de mí!

Lucrecia. (Ap.) Casi me pone en cuidado.

Jacinta. Pues Jacinta ¿no es hermosa,
no es discreta, rica, y tal,
que puede el mas principal
desealla para esposa?

D. Garc. Es discreta, rica y bella,
mas á mí no me conviene.

Jacinta. Pues decid, ¿qué falta tiene?

D. Garc. La mayor, que es no querella.

Jacinta. Pues yo con ella os quería
casar; que esa sola fué
la intencion con que os llamé.

D. Garc. Pues será vana porfia;
que por haber intentado
mi padre, Don Beltran, hoy
lo mismo, he dicho que estoy
en otra parte casado.

Y si vos, señora mia,
intentais hablarme en ello,
perdonad: que por no hacello,
seré casado en Turquía.

Esto es verdad, vive Dios,
porque mi amor es de modo,

que aborrezco aquello todo,
mi Lucrecia, que no es vos.

Lucrecia. [Ap.] ¡Ojalá!

Jacinta. ¡Que me trateis
con falsedad tan notoria!
Decid, ¿no teneis memoria
ó vergüenza no teneis?
¿Cómo, si hoy dijistes vos
á Jacinta que la amais,
agora me lo negais?

D. Garc. ¡Yo á Jacinta! Vive Dios,
que solo con vos he hablado
desde que entré en el lugar.

Jacinta. Hasta aquí pudo llegar
el mentir desvergonzado.

Si en lo mismo que yo ví
os atreveis á mentirme,
¿qué verdad podréis decirme?

Idos con Dios, y de mí
podeis desde aquí pensar,
si otra vez os diere oído:

que por divertirme ha sido;
como quien para quitar
el enfadoso fastidio

de los negocios pesados,
gasta los ratos sobrados
en las fábulas de Ovidio. [Vase.]

D. Garc. Escuchad, Lucrecia hermosa.

Lucrecia. (Ap.) Confusa quedo. (Vase.)

D. Garc. Estoy loco.
¡Verdades valen tan poco!

Tristan. En la boca mentirosa.

D. Garc. ¡Qué haya dado en no creer
cuanto digo!

Tristan. ¿Qué te admiras,
si en cuatro ó cinco mentiras
te ha acabado de coger?

De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente,
que quien en las burlas miente,
pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de D. Sancho.

ESCENA PRIMERA.

CAMINO, con un papel.—LUCRECIA.

Camino. Este me dió para tí
Tristan, de quien Don García

con justa causa confía
lo mismo que tú de mí;
que aunque su dicha es tan corta,
que sirve, es muy bien nacido:
y de suerte ha encarecido
lo que tu respuesta importa,
que jura que Don García
está loco.

Lucrecia. ¡Cosa estraña!

¿Es posible que me engaña
quien desta suerte porfia?
El mas firme enamorado
se cansa si no es querido,
¡y éste puede ser fingido,
tan constante y desdeñado!

Camino. Yo al menos, si en las señales

se conoce el corazon,
ciertos juraré que son,
por las que he visto, sus males:
que quien tu calle pasea
tan constante noche y dia,

quien tu espesa celosía
tan atento brujulea,

quien ve que de tu balcon,
cuando él viene, te retiras,
y ni te ve ni le miras,

y está firme en tu aficion;
quien llora, quien desespera,
quien porque contigo estoy

me da dineros, que es hoy
la señal mas verdadera,
yo me afirmo en que decir
que miente, es gran desatino.

Lucrecia. Bien se echa de ver, Camino,
que no le has visto mentir.

¡Pluguiera á Dios fuera cierto
su amor! que á decir verdad,
no tarde en mi voluntad
hallarán sus ansias puerto.

Que sus encarecimientos,
aunque no los he creído,
por lo menos han podido

despertar mis pensamientos;
que dado que es necedad
dar crédito al mentiroso,

como el mentir no es forzoso,
y puede decir verdad,
oblígame la esperanza

y el propio amor á creer,
que conmigo puede hacer

en sus costumbres mudanza.
Y así, por guardar mi honor
si me engaña lisonjero,
y si es su amor verdadero,
porque es digno de mi amor,
quiero andar tan advertida
á los bienes y á los daños,
que ni admita sus engaños,
ni sus verdades despida.

Camino. Dese parecer estoy.

Lucrecia. Pues dirásle que cruel
rompí sin vello el papel:
que esta respuesta le doy.
Y luego tú de tu aljaba
le dí que no desespere,
y que si verme quisiere,
vaya esta tarde á la otava
de la Madalena.

Camino. Voy.

Lucrecia. Mi esperanza fundo en tí.

Camino. No se perderá por mí,
pues ves que Camino soy. [Vanse.]

Sala en casa de D. Beltran.

ESCENA II.

DON BELTRAN, DON GARCÍA, TRISTAN.

(*D. Beltran saca una carta abierta y se la da á Don García.*)

D. Beltr. ¿Habeis escrito, García?

D. Garc. Esta noche escribiré.

D. Beltr. Pues abierta os la daré,
porque leyendo la mia,
conforme á mi parecer
á vuestro suegro escribais;
que determino que vais
vos en persona á traer
vuestra esposa, que es razon;
porque pudiendo traella
vos mismo, enviar por ella
fuera poca estimacion.

D. Garc. Es verdad; mas sin efeto
será agora mi jornada.

D. Beltr. ¿Por qué?

D. Garc. Porque está preñada;
y hasta que un dichoso nieto
te dé, no es bien arriesgar
su persona en el camino.

D. Beltr. ¿Jesus! fuera desatino,
estando así, caminar.

Mas dime, ¿cómo hasta aquí
no me lo has dicho, García?

D. Garc. Porque yo no lo sabia;
y en la que ayer recibí
de Doña Sancha, me dice
que es cierto el preñado yá.

D. Beltr. Si un nieto baron me da,
hará mi vejez felicee.

Muestra; que añadir es bien

[Tómale la carta que le habia dado.]

cuánto con esto me alegre.

Mas dí, ¿cuál es de tu suegro
el propio nombre?

D. Garc. ¿De quién?

D. Beltr. De tu suegro.

D. Garc. (Ap.) Aquí me pierdo.
Don Diego.

D. Beltr. O yo me he engañado,
ú otras veces le has nombrado
Don Pedro.

D. Garc. Tambien me acuerdo
deso mismo; pero son
suyos, señor, ambos nombres.

D. Beltr. ¿Diego y Pedro!

D. Garc. No te asombres;

que por una condieion

Don Diego se ha de llamar
de su casa el sucesor.

Llamábase mi señor

Don Pedro antes de heredar;

y como se puso luego

Don Diego, porque heredó,
despues acá se llamó

ya *Don Pedro*, ya *D. Diego*.

D. Beltr. No es nueva esa condieion
en muchas casas de España.

A escribirle voy. (Vase.)

ESCENA III.

DON GARCÍA, TRISTAN.

Tristan. Estraña
fué esta vez tu confusion.

D. Garc. ¿Has entendido la historia?

Tristan. Y hubo bien en qué entender,
el que miente ha menester
gran ingenio y gran memoria.

D. Garc. Perdido me ví.

Tristan. Y en eso
pararás al fin, señor.

D. Garc. Entre tanto de mi amor
veré el bueno ó mal suceso.

¿Qué hay de Lucrecia?

Tristan. Imagino,
aunque de dura se precia,
que has de vencer á Lucrecia
sin la fuerza de Tarquino.

D. Garc. ¿Recibió el billete?

Tristan. Sí,
aunque á Camino mandó
que diga que lo rompió;
que él lo ha fiado de mí.

Y pues lo admitió, no mal

se negocia tu deseo,

si aquel epigrama' creo

que á Nevía escribió Marcial:

“Escribí, no respondió

Nevía; luego dura está;

mas ella se hablará,

pues lo que escribí leyó.”

D. Garc. Que dice verdad sospecho.

Tristan. Camino está de tu parte,

y promete revelarte

los secretos de su pecho;

y que ha de cumplillo espero,

si andas tú cumplido en dar;

que para hacer confesar

no hay cordel como el dinero.

y, aun fuera bueno, señor,

que conquistaras tu ingrata

con dádivas, pues que mata

con flechas de oro el amor.

D. Garc. Nunca te he visto grosero,

sino aquí, en tus pareceres.

¿Es ésta de las mujeres,

que se rinden por dinero?

Tristan. Virgilio dice que Dido

fué del troyano abrasada,

á sus dones obligada

tanto como de Cupido.

¡Y era reina! No te espantes

de mis pareceres rudos;

que escudos vencen escudos,

diamantes labran diamantes.

D. Garc. ¿No viste que la ofendió

mi oferta en la Platería?

Tristan. Tu oferta la ofendería,

señor, que tus joyas no.

Por el uso te gobierna;

que á nadie en este lugar

por desvergonzado en dar
le quebraron brazo ó pierna.

D. Garc. Dame tú que ella lo quiera,
que darle un mundo imagino.

Tristan. Camino dará camino,
que es el polo desta esfera.

Y porque sepas que está

en buen estado tu amor,

ella le mandó, señor,

que te dijese que hoy va

Lucrecia á la Madalena

á la fiesta de la otava,

como que él te lo avisaba.

D. Garc. ¡Dulce alivio de mi pena!

¿Con ese espacio me das

nuevas que me vuelven loco?

Tristan. Dóytelas tan poco á poco

porque dure el gusto más. [Vanse.]

Claustro del convento de la Madalena, con puerta á la Iglesia.

FSCENA IV.

JACINTA Y LUCRECIA con mantos.

Jacinta. ¿Qué prosigue Don García?

Lucrecia. De modo que con saber

su engañoso proceder,

como tan firme porfia

casi me tiene dudosa.

Jacinta. Quizá no eres engañada,

que la verdad no es vedada

á la boca mentirosa.

Quizá es verdad que te quiere,

y más donde tu beldad

asegura esa verdad

en cualquiera que te viere.

Lucrecia. Siempre tú me favoreces;

mas yo lo creyera así,

á no haberte visto á tí,

que al mismo sol oscureces.

Jacinta. Bien sabes tú lo que vales,

y que en esta competencia

nunca ha salido sentencia,

por tener votos iguales.

Y no es sola la hermosura

quien causa amoroso ardor;

que tambien tiene el amor

su pedazo de ventura.

Yo me holgaré que por tí,

amiga, me haya trocado,

y que tú hayas alcanzado

lo que yo no merecí,
 porque ni tú tienes culpa
 ni él me tiene obligación.
 Pero vé con prevención;
 que no te queda disculpa
 si te arrojas en amar,
 y al fin quedas engañada
 de quien estás ya avisada
 que solo sabe engañar.

Lucrecia. Gracias, Jacinta, te doy,
 mas tu sospecha corrige;
 que estoy por creerle, dije;
 nó que por quererle estoy.

Jacinta. Obligárate el creer,
 y querrás, siendo obligada;
 y así es corta la jornada
 que hay de creer á querer.

Lucrecia. Pues ¿qué dirás si supieres
 que un papel he recibido?

Jacinta. Erráste; y considera
 que tal vez la voluntad
 hace por curiosidad
 lo que por amor no hiciera.
 ¿Tú no le hablaste gustosa
 en la Platería?

Jacinta. Sí.

Lucrecia. ¿Y fuiste en oírle allí
 enamorada ó curiosa?

Jacinta. Curiosa.

Lucrecia. Pues yo con él
 curiosa también he sido,
 como tú en haberle oído,
 y en recibir su papel.

Jacinta. Notorio verás tu error,
 si adviertes que es el oír
 cortesía; y admitir
 un papel claro favor.

Lucrecia. Eso fuera á saber él
 que su papel recibí;
 mas él piensa que rompí,
 sin leello, su papel.

Jacinta. Pues con eso es cierta cosa
 que curiosidad ha sido.

Lucrecia. En mi vida me ha valido
 tanto gusto el ser curiosa.
 Y porque su falsedad
 conozcas, escucha y mira
 si es mentira la mentira
 que más parece verdad.

(Saca un papel y le abre).

ESCENA V.

CAMINO, DON GARCÍA Y TRISTAN.—DICHAS.

Camino. [Ap. á D. García.] ¿Veis la que tiene
 un papel? (en la mano)

D. Garc. Sí.

Camino. Pues aquella
 es Lucrecia.

D. Garc. [Ap.] ¡Oh causa bella
 de dolor tan inhumano!

Ya me abraso de celoso.

¡Oh Camino, cuánto os debo!

Tristan. [A Camino.] Mañana os vestis de nue-
 vo.

Camino. Por vos he de ser dichoso.

D. Garc. Llegarme, Tristan, pretendo
 adonde, sin que me vea,

si posible fuere, lea

el papel que está leyendo.

Tristan. No es difícil, que si vas
 á esta capilla arrimado,

saliendo por aquel lado,

de espaldas la cogerás.

D. Garc. Bien dices. Ven por aquí.

(Vanse D. García, Tristan y Camino).

Jacinta. Lee bajo, que darás
 mal ejemplo.

Lucrecia. No me oirás.
 toma y lee para tí.

(Da el papel á Jacinta).

Jacinta. Ese es mejor parecer.

ESCENA VI.

DON GARCÍA Y TRISTAN, por otra puerta eogen
 de espaldas á JACINTA Y LUCRECIA.

Tristan. Bien el fin se consiguió.

D. Garc. Tú, si ves mejor que yo,
 procura, Tristan, leer.

Jacinta. [Lee.] “Ya que mal crédito cobras
 “de mis palabras sentidas,

“dime si serán creidas,

“pues nunca mienten, las obras,

“Que si consiste el creerme,

“señora, en ser tu marido,

“y ha de dar el ser creído

“materia al favorecerme,

“por este, Lucrecia mía,

“que de mi mano te doy

“firmado, digo que soy

“ya tu esposo Don García.”

D. Garc. (Ap. á Tristan.) ¡Vive Dios que es mi
 (papel.

Tristan. ¡Pues qué! ¿no lo vió en su casa?

D. Garc. Por ventura lo repasa,
 regalándose con él.

Tristan. Como quiera, te está bien.

D. Garc. Como quiera, soy dichoso.

Jacinta. Él es breve y compendioso.

O bien siente, ó miente bien.

D. Garc. (A Jacinta.) Volved los ojos, señora,
 cuyos rayos no resisto.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) Cúbrete, pues no te
 y desengañaate agora. (ha visto.

(Tápanse Lucrecia y Jacinta.)

Lucrecia. (Ap. á Jacinta.) Disimula y no me
 (nombres.

D. Garc. Corred los delgados velos

á ese asombro de los cielos,

á ese cielo de los hombres.

¿Posible es que os llevo á ver,

homicida de mi vida?

Mas como sois mi homicida,

en la Iglesia hubo de ser.

Si os obliga á retraer

mi muerte, no hayais temor;

que de las leyes de amor

es tan grande el desconcierto,

que dejan preso al que es muerto,

y libre al que es matador.

Ya espero que de mi pena

estais, mi bien, condolida,

si el estar arrepentida

os trajo á la Madalena.

Ved cómo el amor ordena

recompensa al mal que siento,

pues si yo llevé el tormento

de vuestra crueldad, señora,

la gloria me llevo agora

de vuestro arrepentimiento.

¿No me hablais, dueño querido?

¿No os obliga el mal que paso?

¿Arrepentíos acaso

de haberos arrepentido?

Que advertiais, señora, os pido

que otra vez me mataréis:

si porque en la Iglesia os veis

probaís en mí los aceros,

mirad que no ha de valeros

si en ello el delito haceis.

Jacinta. ¿Conoceisme?

D. Garc. ¡Y bien, por Dios!

tanto, que desde aquel dia
 que os hablé en la Platería,
 no me conozco por vos:
 de suerte, que de los dos
 vivo más en vos que en mí;
 que tanto, desde que os ví,
 en vos trasformado estoy,
 que ni conozco el que soy,
 ni me acuerdo del que fui.

Jacinta. Bien se echa de ver que estais
 del que fuistes olvidado,
 pues sin ver que sois casado
 nuevo amor solicitais.

D. Garc. ¡Yo casado! ¿En eso dais?

Jacinta. ¿Pues no?

D. Garc. ¿Qué vana porfía!
 fué, por Dios, invencion mia,
 por ser vuestro.

Jacinta. O por no sello;
 y si os vuelven á hablar dello,
 seréis casado en Turquía.

D. Garc. Y vuelvo á jurar, por Dios,
 que en este amoroso estado
 para todas soy casado,
 y soltero para vos.

Jacinta. (Ap. á Lucrecia.) ¿Ves tu desengaño?

Lucrecia. (Ap.) ¡Ah cielos!

Apenas una centella
 siento de amor, y ya della
 nacen volcanes de celos.

D. Garc. Aquella noche, señora,
 que en el balcon os hablé,
 ¿todo el caso no os conté?

Jacinta. ¡A mí en balcon!

Lucrecia. (Ap.) ¡Ah traidora!

Jacinta. Advertir que os engañais.
 ¿Vos me hablastes?

D. Garc. ¡Bien por Dios!

Lucrecia. (Ap.) ¡Hablaisle de noche vos,
 y á mí consejos me dais!

D. Garc. Y el papel que recibistes,
 ¿negaréislo?

Jacinta. ¡Yo papel!

Lucrecia. (Ap.) ¡Ved qué amiga tan fiel!

D. Garc. Y sé yo que lo leistes.

Jacinta. Pasar por donaire puede,
 cuando no daña, el mentir;
 mas no se puede sufrir
 cuando ese límite excede.

D. Garc. ¿No os hablé en vuestro balcon,
 Lucrecia, tres noches há?

Jacinta. (Ap.) ¡Yo Lucrecia! Bueno va. Toro nuevo, otra invencion. A Lucrecia ha conocido, y es muy cierto el adoralla; pues finge, por no enojalla, que por ella me ha tenido.

Lucrecia. (Ap.) Todo lo entiendo. ¡Ah traidora! sin duda que le avisó que la tapada fuí yo, y quiere enmendallo agora con fingir que fué el tenella por mí, la causa de hablalla.

Tristan. (A D. García.) Negar debe de impor por la que está junto della (talla. ser Lucrecia.

D. Garc. Así lo entiendo; que si por mí lo negara, encubriera ya la cara. Pero no se conociendo, ¿Se hablaran las dos?

Tristan. Por puntos suele en las Iglesias verse que parlan sin conocerse los que aciertan á estar juntos.

D. Garc. Dices bien.

Tristan. Fingiendo agora que se engañaron tus ojos, lo enmendarás.

D. Garc. Los antojos de un ardiente amor, señora, me tienen tan deslumbrado, que por otra os he tenido. Perdonad; que yerro ha sido de esa cortina causado; que como á la fantasía fácil engaña el deseo, cualquiera dama que veo se me figura la mia.

Jacinta. [Ap.] Entendíle la intencion.

Lucrecia. [Ap.] Avisóle la taimada.

Jacinta. Segun eso, la adorada es Lucrecia.

D. Garc. El corazon, desde el punto que la ví, la hizo dueño de mi fé.

Jacinta. (Ap.) ¡Bueno es esto!

Lucrecia. [Ap.] ¡Que ésta esté haciendo burla de mí! No me doy por entendida, por no hacer aquí un exceso.

Jacinta. Pues yo pienso que á estar de eso cierta, os fuera agradecida Lucrecia.

D. Garc. ¿Tratais con ella?

Jacinta. Trato y es amiga mia, tanto, que me atreveria á afirmar que en mí y en ella vive solo un corazon.

D. Garc. (Ap.) Si eres tú, bien claro está. ¡Qué bien á entender me dá su recato y su intencion!

Pues ya que mi dicha ordena tan buena ocasion, señora, pues sois ángel, sed agora mensajera de mi pena.

Mi firmeza le decid, y perdonadme si os doy este oficio.

Tristan. [Ap.] Oficio es hoy de las mozas de Madrid.

D. Garc. Persuadidla que á tan grande amor ingrata no sea.

Tristan. Hacedle vos que lo crea, que yo le haré que se ablande.

D. Garc. ¿Por qué no creerá que muero, pues he visto su beldad?

Jacinta. Porque, si os digo verdad, no os tiene por verdadero.

D. Garc. Esta es verdad, vive Dios: hacedle vos que lo crea.

Jacinta. ¿Qué importa que verdad sea, si el que la dice sois vos? Que la boca mentirosa, incurre en tan torpe mengua, que solamente en su lengua es la verdad sospechosa.

D. Garc. Señora.....

Jacinta. Basta: mirad que dais nota.

D. Garc. Yo obedezco.

Jacinta. ¿Vas contenta?

Lucrecia. Yo agradezco,

Jacinta, tu voluntad.

[Vanse los dos.]

ESCENA VII.

DON GARCIA, TRISTAN.

D. Garc. ¿No ha estado aguda Lucrecia?

¿Con qué astucia dió á entender

que le importaba no ser Lucrecia!

Tristan. A fé que no es necia.

D. Garc. Sin duda que no querria que la conociese aquella que estaba hablando con ella.

Tristan. Claro está que no podia obligalla otra ocasion á negar cosa tan clara: porque á tí no te negara que te habló por su balcon, pues ella misma tocó los puntos de que tratastes cuando por él os hablastes.

D. Garc. En eso bien me mostró que de mí no se encubria.

Tristan. Y por eso dijo aquello:

“y si os vuelven hablar dello, seréis casado en Turquía.”

Y esta conjetura abona más claramente el negar

que era Lucrecia, y tratar luego en tercera persona

de sus propios pensamientos, diciéndote que sabia

que Lucrecia pagaria tus amorosos intentos,

con que tú hiciste, señor, que los llegase á creer.

D. Garc. ¡Ay Tristan! ¿Qué puedo hacer para acreditar mi amor?

Tristan. ¿Tú quieres casarte?

D. Garc. Sí.

Tristan. Pues pídele.

D. Garc. ¿Y si resiste?

Tristan. Parece que no la oíste

lo que dijo agora aquí:

“hacedle vos que lo crea, que yo la haré que se ablande.”

¿Qué indleio quieres mas grande,

de que ser tuya desea?

Quien tus papeles recibe,

quien te habla en sus ventanas,

muestras ha dado bien llanas

de la aficion con que vive.

El pensar que eres casado

la sofrena solamente,

y queda ese inconveniente

con casarte remediado;

pues es el mismo casarte,

siendo tan gran caballero, informacion de soltero; y cuando quiera obligarte á que des informacion, por el temor con que va de tus engaños, no está Salamanca en el Japon.

D. Garc. Si está para quien desea; que son ya siglos en mí los instantes.

Tristan. Pues aquí ¿no habrá quien testigo sea?

D. Garc. Puede ser.

Tristan. Es fácil cosa.

D. Garc. Al punto los buscaré.

Tristan. Uno ya te le daré.

D. Garc. Y ¿quién es?

Tristan. D. Juan de Sosa.

D. Garc. ¿Quién? ¿Don Juan de Sosa?

Tristan. Sí.

D. Garc. Bien lo sabe.

Tristan. Desde el dia

que te habló en la Platería no le he visto, ni él á tí.

Y aunque siempre he deseado saber qué pesar te dió

el papel que te escribió, nunca te lo he preguntado;

viendo que entonces severo negaste y descolorido;

mas agora, que ha venido tan á proposito, quiero

pensad que puedo, señor, pues secretario me has hecho

del archivo de tu pecho, y se pasó aquel furor.

D. Garc. Yo te lo quiero contar;

que pues sé por experiencia tu secreto y tu prudencia,

bien te lo puedo fiar.

A las siete de la tarde me escribió que me aguardaba

en San Blas D. Juan de Sosa para un caso de importancia.

Callé, por ser desafio; que quiere el que no lo calla

que le estorben ó le ayuden cobardes acciones ambas.

Llegué al aplazado sitio, donde Don Juan me aguardaba